

PLAZA PÚBLICA

Ernesto de la Torre Villar

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Entendió la importancia de los documentos en la enseñanza y aprendizaje de la historia, y fue por ellos para organizarlos y difundirlos. Amó los libros y fue por ello bibliógrafo y bibliófilo sobresaliente y galardonado.

No se sabe qué admirar más en la personalidad de Ernesto de la Torre Villar, muerto la semana pasada, a los 91 años. Era un profesor universitario con plena conciencia de su misión formadora, dispuesto al trato paterno o fraterno, según el caso, con sus alumnos. Era un investigador de producción caudalosa, de paciencia diligente, dador de frutos útiles. Entendió la importancia de los documentos y fue tras ellos, para organizarlos y difundirlos. Amó los libros, y por ello los hizo y los reunió. Fue un funcionario eficaz y competente, creador de dos instituciones de ya larga trascendencia.

Fue miembro de número de la Academia mexicana de la historia y la Academia mexicana de la lengua. En esta última ocupó la silla XXIX, para la cual fue elegido el 14 de marzo de 1969; tomó posesión un año después, el 13 de marzo de 1970, y se retiró el 23 de noviembre de 2006 por quebrantos de salud. Lo antecedió en ese sitial académico el padre don Ángel María Garibay K. quien, al hablar del estudio introductorio de De la Torre a *La Constitución de Apatzingán* emitió un juicio que cuadra a toda la obra de don Ernesto. Ese libro, dijo el célebre nahuatlato, está "perfectamente documentado" por lo que "no hay con qué agradecer (a De la Torre) la colección (de documentos) que nos hace. No se hallaban, o era necesario tener tiempo sin medida y paciencia de Job para que los hallaran en bibliotecas o hemerotecas y demás tecas".

En igual sentido se expresa la doctora Begoña Arteta, en la semblanza sobre el académico recién fallecido motivada por ser recipiendario, en 1987, del Premio na-

cional de ciencias y artes, mismo año en que don Ernesto había recibido el premio Universidad nacional: "ha rescatado para la historia de México una gran cantidad de documentos inéditos de la época colonial y del siglo XIX en diferentes bibliotecas, y sus acuciosos e innumerables estudios aportan nueva luz a la investigación histórica; con su cátedra y ayuda personal encauza muchas vocaciones de sus alumnos a la investigación".

Nombrado director de la Biblioteca nacional en 1965, insertó plenamente a esa institución en la Universidad nacional, a la que la república la había confiado en 1929. Con ella y con la Hemeroteca nacional don Ernesto fundó el Instituto de investigaciones bibliográficas, de que fue el primer director. Ese instituto tiene un status peculiar en la UNAM, pues a sus funciones académicas añade los servicios al público, como hacen las dependencias administrativas.

Poco después le fue dado ofrecer una nueva muestra de su aptitud de organizador. Creado en 1981 por decreto presidencial el Instituto José María Luis Mora, dedicado a la historia y las ciencias sociales,

se le pidió que lo dirigiera y lo hizo hasta 1984. Sentó entonces las bases de su inicial desarrollo, a partir de las cuales el Instituto Mora (como sintéticamente se le conoce) ha alcanzado una madurez que lo tiene entre los principales establecimientos de investigación y docencia en el país.

Es imposible contener en este espacio la extensa bibliografía que durante más de medio siglo aportó De la Torre al conocimiento del ser colectivo mexicano. Hom-



bre de múltiples intereses, abordó una amplia gama de asuntos, desde su primera obra publicada en 1944. A mi juicio, la cima de su tarea como aportante de fuentes directas a la indagación histórica la alcanzó con la publicación de *Lecturas históricas mexicanas*, una robusta obra en cinco volúmenes aparecidos a partir de 1966. La magnífica primera edición la realizó Empresas editoriales, dirigida por Rafael Giménez Siles con el auspicio de Martín Luis Guzmán. De ella dijo el propio compilador al establecer el carácter de la obra, que años después fue editada por segunda vez, en ese momento por la Universidad nacional:

“Esta obra representa una colección de textos históricos, de testimonios directos de la historia mexicana, destinados a complementar su enseñanza y aprendizaje. No se trata de un manual escolar más, sino de un auxiliar de los manuales existentes, que servirá lo mismo al estudiante que al maestro que desee tener a la mano los trozos vivos, auténticos, frescos, relativos a las personas y acontecimientos que desee explicar. A través de estas lecturas

ofrecemos un panorama amplio del desarrollo histórico de México, trazado por los mismos actores de su historia y por los cultores de ella más sobresalientes. De esta suerte las razones íntimas de los acontecimientos, la explicación de los fenómenos más importantes, el planteamiento de los problemas más radicales, y también su

solución, nos son revelados por los hombres que en ellos intervinieron. ¿Qué mejor manera de acercarse a la verdad, o por lo menos a su esclarecimiento, que el poder oír a los propios testigos y actores, escuchar su voz, sentir la valoración de sus impulsos, la violencia acelerada de sus pasiones, el brotar sereno de sus virtudes?

“Voz viva y auténtica resulta el texto directo, el testimonio que creemos o del que desconfiamos cuando nos percatamos de las circunstancias en que se dio”.

Como bibliógrafo y bibliófilo, De la Torre escribió entre otros sobre el tema, el *Elogio y defensa del libro*, instrumento al que llamó “pensamiento no fosilizado o muerto sino vivo y actuante”. La materia en

que se sustenta ese pensamiento, dijo, “podrá ser destruida, mas él permanecerá vivo, ejercerá su acción transformadora, pues el pensar significa engendrar ideas nuevas así como modificar las ya existentes”.

◆ CAJÓN DE SASTRE

Dejo para este apartado los vínculos personales con don Ernesto, que me deparó el afortunado azar. De él aprendí, en la entonces Escuela nacional (hoy Facultad) de ciencias políticas y sociales la materia Técnicas de investigación documental, en cuyo uso era ducho. No sólo enseñaba la construcción y el manejo del aparato crítico, es decir la obtención de citas pertinentes y las convenciones para usarlas (op. cit, idem, ibidem, cfr, etcétera) sino que enseñaba a valorar las fuentes e imbuía el apetito por saber en el aprendiz de investigador. Me guió en la preparación de mi primer trabajo escolar sólido, sobre las inversiones extranjeras en México. En el colmo de la coincidencia feliz, fui elegido en febrero pasado académico de la lengua y ocuparé la silla XXIX, que dejó vacante por voluntad propia.

Correo electrónico: miguelangel@granadoschapa.com